

## EL MAR EN LA POESÍA DE DIONISIA GARCÍA

La lectura de la obra de Dionisia García revela, ante todo, su voluntad de testimonio humano a través de la palabra. Como señalaba Díez de Revenga al principio de su trayectoria poética, «sus dos primeros libros forman un ciclo de reflexión —admirada casi siempre— del mundo que nos rodea y que nos toca vivir». El desarrollo posterior de su obra ha sido coherente con su primera voz reflexiva, sin sobresaltos imaginativos pero atenta al significado profundo de la experiencia.

Es infrecuente en sus poemas el abandono al raptó lírico: frente al vuelo libre de la imaginación o de las palabras hermosas, que es frecuente en muchas poetisas, en ella se percibe como esencial una recortada busca de verdad personal escrita con humildad de existente y con el orgullo que indaga en su propia conciencia de lo cotidiano. Como señala Ana Cárceles en el estudio preliminar a su poesía reunida, «los poemas manifiestan el estado de conciencia de quien vive alerta y observa con placer que la vida es un ejercicio personal que puede ser objetivado en palabras reveladoras de la verdad del ser humano y de las circunstancias de su entorno vital».

Con el paso de los años, la voz de Dionisia García se vuelve más honda y recupera para los poemas el ejercicio de la memoria, una memoria que es, naturalmente, memoria genética formada a lo largo de siglos en la cultura mediterránea, y que es también y sobre todo memoria personal cuyos frutos se extienden a la utilidad colectiva, pues buscan ser generalizables.

He señalado que la experiencia personal del mar es tardía. En la obra poética de Dionisia García, sin embargo, el mar aparece desde el primer libro como realidad ansiada y como materia metafórica del extrañamiento tanto como de la belleza y de la alegría fugaces. Un poema titulado «Niños marinos» ya introduce en *El vaho en los espejos* esta experiencia enriquecedora del mar.

### NIÑOS MARINOS

Tardíamente el mar en mi paisaje  
como suceso próspero,  
abierto cual ventana celeste  
entre tanto baladre.  
El mar ignorado y ausente,  
con el que no nací y en la mirada llevo.

Sustancia de temor, desconocido ensanche,  
mar y mar de los otros, de quienes reposaron  
la primera mirada en mundo abierto  
de gozosas infancias. Niños marinos  
con sus colores al borde de la playa:  
barca y cometa, manos de bien llevar el remo,  
o la red pescadora. Sus cabezas al viento  
con pelo de limón. Niños, niños de mar...

(De *El vaho en los espejos*, 1976)

En el poema la mera nominación ya privilegia el símbolo. La sutileza artística de la autora consigue provocar el extrañamiento de su propia percepción al contrastar la propia infancia con la de los niños que juegan en la playa. Hay como una queja por la privación del horizonte abierto del ámbito marino de su propia experiencia infantil. Por ello, la reflexión adulta sobre el mar le otorga rango de dimensión extraña, con sus propias leyes y sus propios sentidos. Por ser ajeno, sin embargo, es la contemplación del mar la que permite apropiarse de manera nueva y original de toda la carga de sentidos posibles que comporta. Y en los poemas de los primeros libros es frecuente su presencia todavía no incorporada a la experiencia, como algo ajeno que la protagonista debe aprender a imaginar en la presencia:

#### EL MAR

No supe verlo nunca  
aislado de la tierra,  
en toda su medida  
de agua sola y estable,  
eterna, sin origen,  
almacenada a pompas  
por crisálidas vírgenes en llanto derretido;  
sólo es posible así su belleza mojada:  
cuando tiembla de verdes o cabalga de espuma,  
o se asoma mordiendo los bordes de la tierra,  
  
extraño y solitario,  
no es de nadie su música,  
ni su gemido ausente cuando le empuja el viento,

cuando riza las aguas e inquieto se trasmonta,  
lleno de regocijo;

remanso de la efigie lunar,  
receptor siempre alegre,  
envoltura del cuerpo:  
sin tocarlo, le ayuda, lo detecta,  
y lo maneja ausente en desafío,  
lucha cálida y viva de cercanos temores.

Las manos acarician la brecha; salvadoras,  
inciden en un juego de lucha y claridades,  
de nebulosa glauca,  
revuelta y chasqueante.

Poder  
y amontonado asombre,  
invasión loca, que juega desordenadamente con el riesgo,  
con los ojos,  
que limitan  
y en son repiten:  
mar...

Por su entidad aparte y diferente, por esa cualidad de lugar ajeno, de ámbito ajeno, el mar se puede utilizar como elemento objetivador de la reflexión personal, no para vincularlo a ella y ser pensado desde la propia sensibilidad, sino para reflejar como realidad objetiva los frutos de la reflexión auténtica y visceral. Una reflexión que está sustancialmente entrañada en la conciencia del tiempo y de la caducidad. Por ello esta imagen de la playa en invierno permite amplificar la expresión de la soledad última del mundo. Es lo que expresa el poema «Mar de invierno», de *Antifonas*, uno de los poemas más impresionantes de esta antología marina de Dionisia García:

#### MAR DE INVIERNO

Cuando la tierra doble  
y aparezca la sombra,  
ya no será esta luz el beneficio,  
ya no tendrás la natural caricia  
de las manos que buscan

sin aprehender la ofrenda.  
Serás hondo desierto,  
descansado de cuerpos,  
serás lo hermoso para nadie;  
el sueño blanquecino de la espera  
no tendrá melodía.

Pero no toda reflexión propiciada por el mar busca en Dionisia García esta forma de trascendencia. Hay otras formas complementarias aportadas por los poemas más atentos al mundo de la cultura mediterránea, aspecto que en el mismo libro experimenta un amplio desarrollo. En el poema «Cesarea de Philipo», por ejemplo, se nos presenta el mar como nexo de unificación con los orígenes por encima de la fugacidad del tiempo.

#### CESAREA DE PHILIPO

El mar lame la tierra milenaria;  
es caricia que vuelve  
y renueva los días,  
en ellos recreamos  
el pasar de otros seres  
que fueron potestades.  
Estas ruinas aguantan  
el devenir constante,  
refrescando lo antiguo  
con sonrisas de agua.

Es oportuna esta mención ahora porque permite contraponer la doble sensibilidad que, en su tratamiento global en la poesía de Dionisia García, aporta el mar como símbolo general de la duración, de lo que permanece más allá del destino de los individuos. Si en el poema «Mar de invierno» la reflexión oscura y a la vez serena acerca de la caducidad humana usaba la materia marina como símbolo de lo exterior al hombre, precisamente para ser el escenario de su drama, ahora se utiliza como territorio que relega los tiempo y las culturas del género humano a una vitalidad sensual —caricia, sonrisa— en la que el espectáculo de las ruinas no elige el camino clásico de la reflexión elegíaca sobre la muerte. Las ruinas se ven aquí como los pilares naturales de la sucesión:

Estas ruinas aguantan  
el devenir constante,

refrescando lo antiguo  
con sonrisas de agua.

Por su índole dinámica, que es lo que hace compleja y cambiante la materialidad misma de esta escritura reflexiva, es por lo que puede afirmarse que la autora busca el equilibrio de todas sus propuestas. Lo que la conciencia de la mujer culta sabe, y fruto de ello es la afirmación de la continuidad del género humano a través de la cultura, no tiene por qué simplificar ni reducir a su personaje a la mera figura de una superación ética del dolor de la caducidad. Se aspira a la serenidad, sin duda, y a la superación del temor instintivo a la muerte, pero esa aspiración no implica crisis ni lucha entre instinto y conciencia. Por eso, en el poema «Mar violeta», la inteligencia confronta los resultados de la cultura —la referencia a Homero— con unas vicisitudes de la experiencia inmediata, para culminar aspirando a una comprensión superior, cosmológica, del valor de la energía creadora de la vida:

#### MAR VIOLETA

Aquella mar violeta que Homero percibió,  
¿es este mismo mar que admiramos ahora?  
Sobre lechos de espuma, una franja encendida  
agolpa el horizonte y traspasa los barcos.

Hemos adormecido en el manso presente,  
una frágil verdad que esconde lo tangible,  
y es el eco del mar, en alboroto hundido,  
el que nos hace ocasos desde su firme adentro.

Espectáculo mudo anega las miradas,  
las épocas remansan en un vaivén quebrado,  
borrando al regresar las huellas de los ojos.  
No quiero ser tortura, negaciones y llanto;  
mientras nos entregamos al mar y a los colores,  
me invade el sufrimiento de las cosas que acaban,  
al no poder sentir esta misma hermosura  
fuera de los recuerdos, que surgen ya pasado.

Otra vez el otoño trae una cinta de mar,  
una advertencia intacta en los matices nuevos.

Fugaces pasajeros, abrazos de inquietud:  
¿quién podrá comprender la permanente dicha,  
el beso singular de la cosmogonía?

(De *Mnemosine*, 1981)

Si nos fijamos, el análisis de la conciencia que realiza la autora en el poema anterior es muy sutil y certero, de una penetración en la sensibilidad poco común en la escritura masculina, si se me permite generalizar groseramente. Lo que angustia no es sólo la caducidad, sino, ante todo, la constatación de que el recuerdo es una forma excesivamente degradada de vivencia y que desde la conciencia de eso, todo instante vivido plenamente impide la plenitud del presente: eso arrastra la experiencia y la madurez. Su fruto es la melancolía.

Mientras nos entregamos al mar y a los colores,  
me invade el sufrimiento de las cosas que acaban,  
al no poder sentir esta misma hermosura  
fuera de los recuerdos, que surgen ya pasado.

Pero no todo lo que nos transmite esta poesía son momentos de lucidez escéptica como los anteriores, precisamente por el equilibrio de sus claroscurros, muy sutilmente trabado.

En una poesía como la de Dionisia García, en la que encontramos con frecuencia una crítica de la vida urbana o, al menos, la resistencia a dejarse arrastrar por la corriente de la cotidianidad, el mar aparece con gran frecuencia como el escenario placentero del ocio, del aislamiento, del viaje vacacional, de la belleza elemental, en suma. El viaje por las islas griegas, por ejemplo, propicia en tiempo presente la plenitud admirativa despojada ahora de la conciencia ulterior de su evasión:

#### ISLAS

Manchas determinantes se distienden.  
Sobre verdes y azules  
han cuajado los ocres de la tierra:  
son jalonados mundos  
que presentan su haz a las alturas,  
mientras sirenas ríen  
y muerden los contornos  
en el paseo anfibio de las tardes.

(«Mar Egeo»)

Pero sin alejarse del paisaje inmediato y conocido de todos los veranos, la protagonista de estos libros analiza su realidad personal de madre al mismo tiempo que elabora un testimonio particular de la plenitud de su identidad, propiciada y potenciada por el goce de un momento presente junto al mar. La madre a solas recupera su experiencia en un cálido poema dirigido a los durmientes:

UNA MAÑANA

En vosotros he dejado mis días, la edad se acaba,  
y deseo expresar tantas cosas, tantas...

Con el rumor del mar y vosotros dormidos,  
preparo manjares, lavo ropas descoloridas por el sol,  
y guardo vuestros cuerpos, que han ido adelantando.

Me gusta esta quietud; peregrinar la casa  
y, si posible fuera, amasar en artesa de pino,  
entregadas las manos a diluir fermento,  
a fundar hermosos panes y llevarlos hogaza a vuestros lechos,  
pero el mar es casi nuestra alcoba, constantemente invita;  
reclama tiempo largo, nos dispersa.

De mañana, recojo instantes, sueño con mi refugio de gozos aldeanos,  
y el de hora mismo, atado a este vivir de mundo  
que, en cada suceder, como primicia llega.

(De *Interludio* 1987)

Es este, como vemos, un poema de homenaje biográfico cuya intensidad no necesita referencias culturales ni de lugares ajenos para ser lograda. Poema de intimidad familiar, la reflexión sobre la caducidad ha conducido a la asunción de una libertad y de un sentido vital entrañado en lo familiar pero abierto a la plenitud de conciencia solitaria.

Es en esta dimensión de la libertad lograda donde se sitúa la reflexión sobre el papel de la creación poética en su protagonista. «Tarde de marzo» afirma con la mayor hondura —precisamente porque se trata de una reflexión arraigada en su ámbito personal— la belleza propiciatoria del mar en la personal experiencia artística. Es este y no el horizonte de tierra el que trae por el agua la escritura. De

todos los poemas marinos de Dionisia García este es para mí el que contiene un más hondo homenaje al mar:

#### TARDE DE MARZO

Aspiro a ti, poema, porque a mi vista el mar y las gaviotas,  
y el rayo solar de las seis y media.

Cuando lo tengo todo, me vienes desde atrás,  
como recuerdo de horizontes de tierra.

Pero es aquí donde advierto hermosura,  
en el cielo, en las aguas, completamente solas,  
con tenue ondulación, y apenas huellas en la playa.

Qué misterio me vienes a enseñar, qué soledad presente  
junto al alud de otras historias viejas,  
deseosas de aparecer en otra vida mía.

Declina ya la luz, el faro avisa;  
se confunde las aguas con el cielo.

Superpuestos en la conciencia los *Tiempos del cantar*, como la autora llama a toda su poesía, la vivencia que viene del pasado se ilumina en la memoria a la luz primaveral de un atardecer marino abierto a la contemplación creadora y solitaria. El simbolismo del faro apunta en este caso a subrayar una aspiración vertical de elevación a lo celeste que coincide con el símbolo existencial de la luz que declina. Hondo poema globalizador de la experiencia vital, serenamente dirigido hacia una aspiración a otra belleza trascendente.

A la luz de la despedida del mar tras el verano, motivo frecuente en los poemas marinos de Dionisia García, el retorno a la cotidianidad de la vida íntima adquiere otros reflejos vitalistas. Es el caso del poema «Despedida», en el que se cuenta a alguien que se nombra en segunda persona el gozo íntimo de la experiencia marina, y ese recuento plantea un reto vitalista al interlocutor.

#### DESPEDIDA

El mar ha clausurado su costumbre de cuerpos:  
intercambio de soles por mañanas de niebla  
mientras rompen las luces en mansa amanecida.

Un cielo pasajero nos invita cansado,  
y aparece a los ojos en rica sementera  
de nubes adiestradas por las primeras lluvias.

He venido hasta aquí, con mi ropa de agua,  
para traerte escritos los relatos urgentes  
de unos días dichosos pasados en la playa.  
Encontrarás en ellos turbadores recuerdos  
(reliquias obligadas) sobre unos hechos únicos,  
que fueron existencia abrazada a nosotros  
desde un trozo de tierra con rito de almadrabas.

En esta apasionada desgana de sorpresas,  
clandestino remanso, ha transcurrido el tiempo;  
con él nos adentramos (rebeldes al destino),  
augurios descuidados de las horas finales.

Por eso he mantenido temblorosa la ofrenda:  
acrécela si puedes, tibios aún los ojos.

Más humanidad que nunca y mayor fuerza sentimental tiene el reto, un reto que se plantea como rebeldía frente al destino, como hemos visto, por cuanto se plantea desde la mención de la rutina, del cansancio, de la desgana.

Como recuento vital a través de la memoria, esta poesía rinde homenaje al mar constantemente, aunque no sea la de Dionisia García una poesía en lo esencial marina. Veamos el poema «Epístola», una hermosa contemplación elegíaca del escenario de la infancia:

### EPÍSTOLA

Aquí no llega el mar; el tiempo es como un vicio de tierras y silencio,  
sin más algarabía que los toques del viejo campanario,  
cuando llaman, o recuerdan las horas, tan iguales y solas,  
tan ricas de antiguas sensaciones vividas en mi infancia.  
Hasta el lecho de entonces ha perdido su holgura.  
Y el espejo recoge las imágenes en una bienvenida a la tristeza.  
Ni siquiera los libros, puestos sobre el estante,  
aparecen en orden armonioso; tantos años dejados,  
que siento su desdén y repaso las hojas en busca de señales,  
algo que me descubra quién los leyó algún día.

No supe disfrutar estos lugares, pasé mi adolescencia en la ciudad.  
Cuanto me invita es frío y abandono,  
sentimiento por cosas demoradas.

Si el mar aquí llegara, posible la alegría,  
en albergue que fue de otras edades.

En todos los libros de Dionisia García se afirma una y otra vez la pertenencia infantil a una sensibilidad de tierra adentro. Y, sin embargo, en el poema anterior lo vemos, la experiencia del mar lo ha cambiado todo en el retorno maduro a la tierra del interior. A la luz del litoral el sentimiento elegíaco de la evocación desde la casa de la infancia se refuerza, puesto que faltan el mar y la alegría ahora, al contemplar el escenario terrestre de otra alegría que fue la de la infancia.

Pero el sereno sentimiento elegíaco va invadiendo todos los ámbitos de esta poesía en los libros últimos, a partir sobre todo de *Diario abierto*. He mencionado antes la frecuencia con que en los poemas marinos se presenta la protagonista despidiéndose del periodo estival. Poemas como «Mar de invierno», de *Antífonas*, «Despedida» y «Mar violeta», de *Mnemosine*, «Adiós a un lugar», de *Interludio*, «Inmenso cielo» o «Despedida», de *Diario abierto*, o el poema X de *Las palabras lo saben*, analizan múltiples matices de la caducidad a propósito del final del veraneo junto al mar. Porque la elegía es siempre serena y equilibrada en esta poesía del tiempo es por lo que elijo, de entre los poemas mencionados, el titulado «Inmenso cielo» para cerrar esta breve excursión marina por la poesía de Dionisia García, poeta de la memoria, poeta de la tierra y del mar, poeta del equilibrio moral ante la temporalidad que se le impone:

#### INMENSO CIELO

Se alejan los veleros  
con sus vivos colores, y la gente,  
esa gente que estorba y acompaña,  
se ha llevado la ilusión del verano.

Con insistencia de la ciudad nos llaman,  
esperan los trabajos que nos harán cautivos.  
Y estas aguas, contempladas ahora,  
serán solo recuerdo,  
como el inmenso cielo,  
como aquella entrevista en la terraza.

Quien sabe si volveremos todos,  
si hasta la casa llegarán los amigos;  
el familiar lejano, y las personas,  
casi desconocidas, sintiéndose cercanas.

Tristemente me amparo en el silencio.  
Siento la soledad de las estancias,  
mientras el mar tranquilo me persigue,  
entra en mi corazón, tan repartido  
entre tierras que amé y este paisaje.

Francisco Díaz de Castro  
Universidad de Las Islas Baleares

(Publicado en *Llaves prestadas*, Ediciones Tres Fronteras, Murcia, 2003)